

Cuaderno de Pensamiento

GENÉTICA E IDEOLOGÍA: VIEJO RACISMO Y NUEVA DISCRIMINACIÓN

"Sería preferible seguir el mito de los dioses que convertirse en esclavo del destino que postulan los filósofos naturales, pues el primero sugiere una esperanza de aplacar a los dioses mediante el culto, mientras que el segundo implica una necesidad que no conoce aplacamiento."

Epicuro



Estefanía Touriño

La larga sombra de lo que un día se dio en llamar *Nueva Derecha* planea sobre Occidente. No se trata únicamente del cuestionamiento de un cierto estado del bienestar o de que el capitalismo más asilvestrado haya roto todos los diques. Los postulados de la ideología que Ronald Reagan o Margaret Thatcher impusieron por aquellos años afectan de

manera profunda a la concepción misma de la sociedad. Se estableció entonces, como fundamento de toda acción política y/o moral, una supuesta defensa de los intereses del individuo que encubría, en realidad, un ataque a los del colectivo. Obviamente, es esta una filosofía política de vieja tradición en Europa que había acompañado la implantación de un modelo

científico de carácter reduccionista. Pero como nada parece casual, asistimos durante las últimas décadas al resurgir de una de las manifestaciones más perniciosas de este peligroso reduccionismo: el determinismo biológico, la *predestinación* genética. Veamos cuál es su genealogía, sus manifestaciones y las consecuencias sociopolíticas de sus postulados.

La ciencia como principio legitimador de la ideología burguesa

Tras la imposición del cristianismo en todo el mundo occidental, las reflexiones sobre la libertad del hombre quedaron mediatizadas por los principios del dogma. Surgió así una interesante controversia derivada de la contradicción entre el concepto de libertad humana y la definición de Dios como ser omnisciente y omnipotente, lo cual hacía inevitable la aparición del principio de la predestinación divina.

Durante los siglos XVI y XVII, asistimos al desarrollo de una ciencia incipiente que, junto con una creciente comprensión de las leyes naturales, desplaza las reflexiones sobre la libertad del campo teológico al terreno de la filosofía no religiosa. Se trata de conciliar la idea de libertad con el concepto de **determinismo**¹ y la controversia tiende a resolverse considerando el libre albedrío como la capacidad del hombre para elegir de conformidad con la naturaleza.

Ahora bien, esta evolución desde un ámbito de pensamiento estrictamente teocéntrico a la elaboración de un corpus de carácter científico ha de ponerse en relación con el tránsito de la sociedad feudal a la sociedad capitalista.²

En este sentido, es fundamental comprender que las principales relaciones sociales en el sistema feudal europeo se establecían entre personas más que entre personas y cosas. Para legitimar esta organización de la sociedad se recurrió a la ideología de la gracia y, posteriormente, al derecho divino.

Dado que en este mundo precapitalista el orden social se consideraba inmutable, se hizo necesario subvertir los valores dominantes, de modo que el naciente sistema mercantil y manufacturero hallase su legitimación con la implantación de una nueva ideología.

Esta ideología, aún hoy predominante, descansa sobre el supuesto de que el nuevo orden social emanaba de principios igualmente eternos, en tanto en cuanto estaban fundamentados en evidencias científicas. En otras palabras, en el viejo orden feudal, las posiciones sociales eran inmutables porque correspondían a un orden cósmico fundamentalmente estático que emanaba del propio Dios. La nueva clase emergente –la burguesía– veía de este modo coartado su acceso al poder y, en su lucha por acceder al mismo, proclamaba como valores supremos la igualdad y la libertad. Ahora bien, una vez establecida como clase dominante, se hacía preciso justificar las diferencias de estatus, riqueza y poder y, para ello, se recurrió al argumento de las diferencias *naturales*. Así pues, no es el orden social el que impide el ascenso de los individuos a la clase superior, sino las limitaciones naturales intrínsecas, de modo que cualquier lucha revolucionaria estará abocada al fracaso.

El determinismo biológico se convierte, de esta manera, en el principio legitimador del orden social burgués.

Biologicistas frente a boasianos. Un viaje de ida y vuelta

El determinismo biológico concibe la naturaleza humana al amparo de las teorías de Hobbes y de los darwinistas sociales, pilares, ambos, de la economía política burguesa. El principio del *bellum omnium contra omnes* y de la *selección natural* sirvieron, también, como estandarte en el desarrollo de las teorías racistas, la eugenesia y, en último término, de todas las corrientes hereditaristas.

Al doblar el siglo XIX, se consideraba que la especie

humana estaba dividida en un pequeño número de razas que habían dado lugar a diferentes lenguas y culturas. Dichas razas fueron clasificadas jerárquicamente y la ordenación se justificó como el resultado de la lucha por la supervivencia. Dado que la “raza blanca” ocupaba el puesto de honor, según este ordenamiento académico, cabía concluir que eran causas naturales –luego, *necesarias*– las que llevarían a estos pueblos a ejercer la supremacía en todo el orbe y oponerse a ello era ir contra la propia naturaleza. Asimismo, esta imposición iría acompañada de la paulatina desaparición de las “razas inferiores”, condenadas por su inadaptación y su incapacidad para crear una cultura superior. Obviamente, la observación de los hechos contradecía tales previsiones, en tanto en cuanto existían relaciones exogámicas entre las razas (las razas superiores se mezclaban con las inferiores)



y parecía que eran precisamente esas razas inferiores las que tenían un mayor número de descendientes³. Surgió entonces el movimiento por la eugenesia: leyes que impedían la llegada de asiáticos y europeos del este y sur en Norteamérica, esterilización obligatoria de los considerados inferiores y, finalmente, los hornos crematorios del nacionalsocialismo.

Frente a la doctrina que propugnaba la identidad raza/cultura⁴, surgió una corriente entre los antropólogos norteamericanos –con Franz Boas a la cabeza– que ponía de manifiesto que razas consideradas semejantes poseían culturas muy diferentes, mientras que se podían reconocer culturas asimilables entre razas diversas. Con todo, esta línea de pensamiento no logró imponerse hasta finales de la década de los 30, a lo que contribuyó decisivamente la derrota de la Alemania nazi.

Desacreditadas tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, las doctrinas racistas y hereditaristas han vuelto a remontar el vuelo en las últimas décadas, de la mano de la sociobiología, los neodarwinistas sociales y la psicología evolutiva.

En las pantanosas aguas de la sociobiología

Desde la xenofobia al patriarcado, pasando por la homosexualidad, la actividad empresarial o las conductas criminales, el determinismo biológico nos ofrece, de la mano de una de sus reformulaciones más recientes (la sociobiología), una explicación para todas las manifestaciones socioculturales que se nos antojen.

Partiendo del principio de que los fenómenos sociales son la suma de los comportamientos de cada uno de los individuos que componen la sociedad (determinados, a su vez, por la carga genética de cada miembro de la misma), esta “ciencia total” postula que existen razones naturales (léase ineludibles) para que la sociedad sea tal y como se nos presenta.

Asimismo, en la medida en que los comportamientos sociales –como objetos que son para los reduccionistas– pueden ser cuantificados, es posible establecer frecuencias y, en consecuencia, desviaciones de la norma que afectan a determinados individuos. De este modo, la presencia de cantidades anormales de ciertas propiedades puede ser objeto de tratamiento, bien mediante la eliminación de genes (eugenesia, ingeniería genética...), bien mediante el suministro de drogas que actúen sobre esas anomalías.

En cualquier caso, nos parece pertinente recordar que no son las conclusiones a las que llega la sociobiología las que la condenan. Estas pueden gustarnos o no, pero no dicen nada acerca de la veracidad de sus afirmaciones. Con todo, no estará de más subrayar la conocida manipulación de muestras por parte de muchos investigadores, la obtención de datos fraudulentos a partir de experimentos no realizados (recuérdese el escándalo de Cyril Burt, al que nos referiremos más adelante) o la utilización de inferencias o deducciones que quebrantan los principios básicos de cualquier silogismo. El verdadero problema, en cualquier caso, del determinismo biológico estriba en la metodología y la conceptualización que éste lleva a cabo. Las lamentables consecuencias están a la vista de todos: utilización de los tests de inteligencia para explicar las diferencias entre negros y blancos o entre la clase media/alta y la clase trabajadora, estudios genéticos que justifican la dominación sobre la mujer, análisis que ponen de manifiesto las deficiencias en los circuitos neurológicos de los denominados enfermos mentales...

Del delito hereditario: el nuevo pecado original

Frente a la doctrina católica, que considera al hombre como un ser que puede caer en el pecado, las religiones de la órbita protestante conciben al ser humano como esencialmente pecador. Desde el mismo momento de su nacimiento, el hombre viene al mundo con el estigma del pecado original, un delito heredado de aquellos nuestros “primeros padres” expulsados del Paraíso y que condena al hombre a una vida de sufrimientos. Es un dogma de fe. Pero ¿no lo es también la creencia en una capacidad heredable, que se transmite de padres a hijos, y que determinará nuestra posición en la jerarquía social? La creencia en algo que se ha dado en llamar “inteligencia” es también una cuestión de fe.

Así las cosas, los tests que se utilizan para medir el coeficiente intelectual son un buen ejemplo de falacia determinista. En primer lugar, es necesario partir de una definición consensuada de inteligencia, circunstancia que, obviamente, está muy lejos de alcanzarse

1 Entendemos por determinismo –teoría que hunde sus raíces en una concepción mecanicista del universo– la afirmación de que todo fenómeno está **necesariamente** condicionado por una causa, dada la cual es inevitable que tal hecho se produzca y sin que haya lugar, además, para la variación o el azar.

2 [...]la tradición internalista y positivista acerca de la autonomía del conocimiento científico es, en sí misma, parte de la objetivación general de las relaciones sociales que acompañó a

la transición de la sociedad feudal a la sociedad capitalista moderna (en R.C. LEWONTIN, S. ROSE y L.J. KAMIN, *No está en los genes. Racismo genética e ideología*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 49)

3 Como señala Harris, “la fecundidad de los estratos sociales desaventajados sigue resultando una incógnita para los neodarwinistas, quienes consideran que la única medida del *éxito reproductivo* es la adaptación evolutiva” (HARRIS, Marvin, *Teorías sobre la cultura en la*

era postmoderna, Crítica, Barcelona, 2000, p. 68)

4 Es preciso hacer notar que utilizamos aquí la noción de *raza* en su sentido popular, puesto que este término parece haber sido desterrado del ámbito académico por carecer de operatividad para definir a los diferentes grupos humanos. Asimismo, cómo señala Lévi-Strauss, “por necesario que sea preguntarse si la cultura es función de la raza, descubrimos que la raza es una de las funciones de la cultura” (LÉVI

–STRAUSS, *Raza y cultura*, Cátedra, Madrid, 1993)

5 No es de extrañar, pues, la definición circular de Boring, que considera la inteligencia como aquello que miden los tests de inteligencia. En la misma línea se manifiesta Marvin Harris, para quien “cabe preguntarse si los resultados de los tests de inteligencia miden algo más que la capacidad de superar tests de inteligencia [...]” (HARRIS, M., *Ibidem*)

en el ámbito científico⁵. Por otro lado, implica considerar la denominada "inteligencia" como una propiedad que es posible cuantificar (de nuevo, el conocido proceso de la reificación determinista).

Podemos afirmar, por tanto, que los tests de inteligencia parten de un error de base al confundir el plano epistemológico con el ontológico: en otras palabras, los tests de determinación del coeficiente intelectual pretenden medir empíricamente lo que es un artificio, un constructo cultural sin existencia real verificable.

Más allá de estas consideraciones previas, conviene destacar que los tests de inteligencia fueron concebidos, en sus inicios, como un método para identificar a niños con dificultades de aprendizaje. Su creador, Alfred Binet, ideó una serie de tareas que, según su nivel de complejidad, estarían indicadas para diferentes grupos de edad. La dificultad para realizar las tareas consideradas adecuadas para dicha edad ponía de manifiesto la necesidad de una enseñanza destinada a incrementar esa "inteligencia deficiente". Se trataba, pues, de un método de diagnóstico y no de una técnica psicométrica que remitía a una característica fija e innata de base genética.

De la utilización de este método con fines espúreos, dieron buena cuenta las leyes de inmigración norteamericanas de la década de los 20, las prácticas eugenésicas, racistas o sexistas y, en un ámbito más cotidiano, el empleo de los cuestionarios para diseñar la promoción social y profesional o la segregación escolar.

Aunque resulta innegable que, en mayor o menor medida, los tests para la medición del coeficiente intelectual recurren al lenguaje, a pruebas matemáticas o a determinados aspectos perceptivos, se ha impuesto la idea de que la inteligencia es una capacidad genéticamente transmitida que puede ser medida por los tests de coeficiente intelectual. En este sentido, ha sido fundamental la aportación del inglés Cyril Burt y, desgraciadamente, sus conclusiones parecen no haber sufrido deterioro alguno, incluso tras el descubrimiento del escandaloso fraude de sus trabajos. En efecto, imposibilidades numéricas, invención de cifras, falsificación de datos, estudios con supuestos gemelos monocigóticos que nunca se realizaron... tal ha sido la contribución del más prestigioso de los científicos consagrado a probar la heredabilidad del coeficiente intelectual.

Pese a todo, lo esencial de las afirmaciones de sir Burt continúa en pie merced a la confusión entre heredabilidad e invariabilidad y el error se amplía si ponemos en relación el coeficiente intelectual con términos tan difusos como el de raza. No obstante, la variable puede ser cualquier otra (la clase social, el sexo...), estableciéndose entre ambas una relación de causalidad que, en rigor, no tiene ninguna base científica. En términos formales, quiere esto decir que, poniendo en correlación A y B, podemos considerar que A es causa de B, que A es consecuencia de B o que ambas son consecuencia de C. En otras palabras, un coeficiente intelectual bajo puede considerarse la causa de un nivel socioeconómico bajo, pero la relación podría establecerse igualmente a la inversa, considerando que es la falta de recursos económicos la que provoca que los resultados sean más bajos que los de las clases más favorecidas. Como señalan Lewontin, Rose y Kamin:⁶

El poder social se transmite familiarmente. La probabilidad de que un niño se convierta en un adulto perteneciente al 10% de la población con ingresos más elevados es diez veces superior para aquellos niños cuyos padres pertenecen a ese grupo que para los niños del 10% de la población con los ingresos más bajos. En Francia, la tasa de fracaso escolar es cuatro veces superior entre los hijos de la clase obrera que entre los hijos de la clase profesional. ¿Cómo debemos explicar las diferencias hereditarias de poder social en una sociedad que pretende haber abolido el privilegio hereditario en el siglo XVIII? Una explicación, la de que el privilegio hereditario es inherente a la sociedad burguesa [...] es demasiado inquietante y amenazadora [...]. La alternativa es suponer que los triunfadores poseen un mérito intrínseco, un mérito que corre por la sangre: el privilegio hereditario se convierte simplemente en la consecuencia inevitable de una aptitud heredada.



Pero no solamente los tests que afirman medir el coeficiente intelectual han sido utilizados para explicar y/o justificar las desigualdades. Recientemente, Lawrence Summers, director de la Universidad de Harvard, sostenía que las mujeres están menos capacitadas genéticamente que los hombres para la ciencia. Sus declaraciones fueron rápidamente cuestionadas y Summers se vio obligado a rectificar. Ahora bien, desde el punto de vista de los neobiologicistas, el error de Summers estribaba, únicamente, en haber introducido una escala de valores sobre un supuesto hecho científico. En la práctica, de lo que se trata es de destacar las diferencias en el cerebro de hombres y mujeres, enfatizando, de inmediato, que esto no implica, necesariamente, una catalogación meliorativa o peyorativa. Sin embargo, la desigualdad va implícita en los propios resultados, simplemente porque, una vez más, se confunden causas y efectos y se intentan ajustar los resultados a ideas preconcebidas.

En efecto, no faltan experimentos que tratan de poner de manifiesto el estrecho vínculo entre las hormonas y la estructura cerebral. Con la testosterona como protagonista, se afirma que, en las mujeres, las habilidades lingüísticas y espaciales están controladas por centros situados en ambos hemisferios; en el caso de los hombres, dichas habilidades se hallan ubicadas en los hemisferios izquierdo y derecho, respectivamente. Por ello, se concluye, el cerebro del varón está más especializado. Además, las fibras comisurales que unen ambos hemisferios varían en hombres y mujeres, de modo que la mayor conexión en el caso de las hembras desarrolla la habilidad verbal al tiempo que dificulta la distinción entre la actividad racional y la emocional.

La intervención del lado izquierdo en el lenguaje ha hecho que se le considere dominante respecto al hemisferio derecho. Además, la estrecha relación entre

pensamiento y habla ha llevado a pensar que el hemisferio izquierdo es más cognoscitivo que su contrario, al tiempo que más lógico y analítico, mientras que el derecho actuaría de modo más intuitivo, intervinando más en las relaciones espaciales. Por este procedimiento, por ejemplo, se establece que el placer estético es un proceso que tiene lugar en el hemisferio derecho de nuestro cerebro.

Aun suponiendo que no se produzca ninguna confusión entre sexo y género⁷, parece llamativo que, una vez más, los resultados de los experimentos se avengan a los criterios dominantes o a las ideas comúnmente aceptadas. De lo que se trata, en definitiva, es de probar "científicamente" lo que, a nivel popular, ya se sabía: que las mujeres son más emotivas y los valores más racionales; que las mujeres tienen dificultades para orientarse, mientras que los hombres poseen una notable capacidad para situarse en el espacio; que las mujeres se desenvuelven mejor en actividades relacionadas con el lenguaje o en las relaciones interpersonales, mientras que el hombre parece mejor dotado para la actividad científica. No deja de ser curioso que, además de avenirse perfectamente a las ideas ya establecidas sobre hombres y mujeres, es decir, a los prejuicios sociales, sean precisamente las habilidades asociadas al éxito económico o al prestigio las propias de los hombres, mientras que las mujeres parecen condenadas, una vez más, a moverse en la esfera de los sentimientos o, como mucho, quedan relegadas al ámbito de las ciencias humanísticas.

Además, resta por debatir si la relación de causalidad se puede probar, puesto que el razonamiento inverso podría ser igualmente válido. A modo de ejemplo, tanto podemos afirmar que la pigmentación de la piel es causa de que las poblaciones blancas se asienten en el hemisferio norte (donde reciben menos rayos solares), como que es la necesidad de absorber el máximo de vitamina D (a través de los rayos solares) la causante de que las poblaciones del hemisferio norte tiendan a tener la piel más blanca. Del mismo modo sucede con las apuntadas diferencias físicas entre el cerebro de hombres y mujeres, que pueden ser causa de comportamientos y aptitudes dispares, o bien ser, precisamente, determinadas expectativas sociales sobre unos y otros –esto es, el establecimiento de una oposición de género– las que modifiquen las estructuras cerebrales.

En definitiva, no se trata de negar la existencia de diferencias fisiológicas entre los seres humanos, sino de rechazar que esas diferencias biológicas sean **previas y causantes** de diferencias psicológicas y, mucho menos, de las desigualdades sociales.

El zorro entre las gallinas. Una llamada a la reflexión

Seguramente habrán llamado la atención del lector las numerosas referencias a la doctrina religiosa dispersas por el texto. En realidad, no se trata de un hecho fortuito, en tanto en cuanto la ciencia ha sustituido a la Iglesia como fuente legitimadora del orden social en el mundo capitalista. Y, sin embargo, ambas posiciones no distan tanto entre sí como pudiera parecer.

Más arriba, hemos aludido a la ya clásica distinción entre **naturaleza** y **cultura**. Grosso modo, podemos afirmar que lo que distingue ambos espacios es la universalidad de las leyes naturales frente a las particularidades de las normas sociales, con la única excepción, seguramente, de la ley de prohibición del incesto que, pese a estar presente en todas las sociedades –con más o menos variantes en su interdicción– forma parte del ámbito de la cultura.

Esta oposición entre hechos naturales y fenómenos de índole cultural ha servido de base a la abierta batalla ideológica entre deterministas biológicos y deterministas culturales. Más adelante nos referiremos a ambos reduccionismos, pero, antes, nos parece imprescindible aclarar algunas cuestiones en torno a la noción de "cultura".

De entrada, conviene señalar que la idea de cultura tiene su génesis en lo que, en el medioevo, se desig-

⁶ Ibidem, p. 104

⁷ Recordemos que sexo y género no son términos equivalentes. La distinción **macho/hembra** hace referencia a las diferencias de carácter biológico que distinguen sexualmente a los miembros de la especie humana. Es, por tanto, una distinción propia del mundo *natural*. La oposición **masculino/femenino**, en cambio, alude a los comportamientos, aptitudes o características que, cada sociedad, atribuye a los miembros de uno y otro sexo. Es, es consecuencia, una distinción de carácter *cultural*. En palabras de Scott (SCOTT, J., *El género, una categoría útil para el análisis histórico*, Ed. Alfons el Magnanim, Valencia, 1990), "género es una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado".

naba como *Reino de la Gracia* (en oposición al *Reino de la Naturaleza*). Así las cosas, la cultura es la reformulación, en términos laicos, de la idea medieval de gracia, erigiéndose, pues, en una especie de don, con potencialidades salvíficas, del que participan los individuos de una comunidad.

De un tiempo a esta parte, la apelación a las diferentes *culturas* –como modo de describir la heterogeneidad social– ha tenido como objetivo eliminar de los discursos la noción de *clase*. Como señala Manuel Delgado, las posturas que podemos denominar *neorracistas* continúan siendo fieles al modelo clásico del racismo de base biológica en cuanto a su uso excluyente del término cultura. El discurso desplegado desde las élites “bienpensantes” –con amplio eco en los medios de comunicación– parece oponerse al anterior al proclamar la *tolerancia* (que no el respeto) como valor supremo para garantizar la convivencia. No obstante, ambas posiciones comparten la idea de que es la “cultura propia” de cada “grupo étnico” la causa de la conflictividad social, eludiendo, de este modo, cualquier motivación económica o política: no son los intereses de clase la causa de los enfrentamientos sociales, sino la incompatibilidad cultural entre los diferentes grupos que conforman nuestras sociedades⁸. Concebida en estos términos, podemos afirmar que la noción de **cultura** se ha convertido en heredera del desfasado término de **raza**, en la medida en que su utilización perversa sirve a idénticos fines: la naturalización y la justificación ideológica de la exclusión social⁹.

Apuntada esta reflexión, retomaremos la distinción entre naturaleza y cultura que, en el ámbito de este trabajo, hemos de poner en relación con la mencionada disputa entre deterministas biológicos y deterministas culturales. A lo largo de nuestra exposición, hemos intentado revelar cómo el denominado determinismo biológico se ha erigido en fundamento científico para explicar las desigualdades que la ideología burguesa querría hacernos creer abolidas. Con este propósito - y bajo el lema “hay un gen para todo” -, el reduccionismo biologicista justificará desde el racismo a la discriminación sexual pasando por cualquier tipo de conducta social “desviada”. En oposición a sus postulados, se encuentran los defensores del determinismo cultural que, fundamentalmente, se alinean en dos corrientes:

A un lado, se sitúan aquellos que conceden primacía ontológica a la sociedad sobre el individuo, pudiendo considerarse, por tanto, como la antítesis del determinismo biológico. Básicamente, este tipo de reduccionismo es una consecuencia de la vulgarización de los principios marxistas. Sus postulados pueden definirse como *reduccionismo económico*, en tanto en cuanto estiman que los modos de producción y las relaciones sociales derivadas de los mismos **determinan** la conciencia, el conocimiento y la cultura de los grupos humanos¹⁰.

La segunda variante del reduccionismo cultural omite toda referencia a la biología, aunque explica el comportamiento humano tomando como referencia el individuo (rescata, por tanto, la oposición individuo/sociedad). Para los defensores de esta corriente, es la experiencia la que imprime sus huellas en el individuo, negando, por tanto, toda posible influencia de la biología.

Obviamente, tanto unos como otros renuncian a una comprensión plena de la condición humana lo que, a nuestro entender, exigiría una integración de los planos biológico y social sin que ninguno de ellos tenga primacía sobre el otro. Se trata, en definitiva, de postular una relación dialéctica entre dos ámbitos ontológicamente diferentes (naturaleza/cultura; individuo/sociedad; biología/ambiente) pero que se exigen y condicionan mutuamente.

El genoma humano o la búsqueda del Santo Grial

La literatura científica de los últimos años, especialmente en su versión sensacionalista, nos recuerda las novelas del ciclo artúrico tan en boga durante la Edad Media. Si al Santo Grial se le atribuían todo tipo de propiedades benéficas y de poderes mágicos, a la secuencia del genoma humano se le ha llamado el *libro de la vida* y descubrir sus secretos nos permitirá, dicen, combatir dolencias, convertir en realidad los sueños e, incluso, alejar el fantasma de la muerte.

Los caballeros, en este caso, pertenecen a una comunidad –la científica– imbuida de un aura de prestigio y poder igualables a los de la corte del rey Arturo, aunque, probablemente, el heroísmo no se encuentre entre sus virtudes. En efecto, el Proyecto Genoma Humano recibe ayudas de billones de dólares por parte de algunos Estados y el anuncio por parte del Grupo *Celera Genomics* de que había logrado secuenciar el genoma humano hizo subir sus acciones en bolsa hasta un 26%. Sus vendedores de feria nos engatusan con falsas promesas para la curación del cáncer, el Alzheimer o el regreso a la vida del hijo muerto mediante un clon perfecto, mientras el próspero negocio de la genética abre sus puertas –y sus bolsillos– a clientes millonarios dispuestos a seguir disfrutando del paraíso en la tierra.

El propio J. Craig Venter, al mando de Celera, ha reconocido que “no hay promesas aseguradas. Hoy, la ciencia, conoce únicamente el 1% del intrincado genoma humano. Aún tenemos un 99% de oscuridad ante nosotros”¹¹. Pero Venter continúa vendiendo humo.

Como advierte Lewontin, el reduccionismo continúa anidando en la moderna genética, pues no ha logrado sobreponerse al “error generalizado que confunde el estado genético de un organismo con toda su naturaleza física y psíquica como ser humano”¹². Pero es que, además, el ADN es una molécula muerta y no puede reproducirse a sí mismo¹³:

El ADN es incapaz no sólo de hacer copias de sí mismo[...] sino además de “hacer” cualquier otra cosa. La secuencia lineal de los nucleótidos en el ADN es usada por la maquinaria de la célula para determinar qué secuencia de aminoácidos ha de formarse dentro de una proteína, y cuándo y dónde se ha de hacer la proteína. Pero las proteínas de la célula son hechas por otras proteínas, y sin esa maquinaria formadora de proteínas no se puede hacer *nada*.

Así las cosas, las inversiones multimillonarias por parte de poderosos grupos farmacéuticos y avispados comerciantes parecen lejos de convertirse en un negocio rentable, al menos a corto plazo. No obstante, la labor investigadora, una vez más, quedará a merced de los grandes intereses del capital, aunque sigan alimentando la fantasía de las gentes con el descubrimiento de elixires prodigiosos.

Un puerto para el final de este viaje

Llegados a este punto, es preciso reconocer que los planteamientos y la metodología científicos estarán condicionados por el entorno en que dicha investigación tiene lugar; dicho de otro modo, son las fuerzas económicas y sociales dominantes las que determinan lo que la ciencia hace y cómo lo hace. Además, dichos poderes tienden a apropiarse de aquellas ideas científicas que les resultan más convenientes para perpetuar el statu quo. Poner en evidencia esta ciencia pretendidamente autónoma e incontaminada, así como desvelar la falacia de algunas presuntas “verdades científicas” y su utilización para legitimar el orden social establecido ha sido el objetivo fundamental de este trabajo. En este sentido, la corriente que, bajo

diferentes manifestaciones, podemos englobar bajo el epigrafe de *determinismo biológico* ha sido nuestro principal referente crítico.

El reduccionismo caracteriza esta línea de investigación científica y a él hemos aludido más arriba, al tiempo que señalábamos algunas de las falsedades que, convenientemente vulgarizadas, sustentan muchos de los prejuicios sociales que nos acompañan. Asimismo, hemos resaltado cómo la interesada utilización de presuntas evidencias científicas ha servido para condenar, por ineficaz, cualquier intento de modificar las estructuras socioeconómicas, pronosticando, en consecuencia, el fracaso de toda lucha revolucionaria.

Sin embargo, la *necesidad* de la que se sirven los biologicistas no es patrimonio exclusivo de éstos; desde corrientes aparentemente antagónicas, se ha echado mano de un determinismo –de raigambre cultural– igualmente pernicioso y reduccionista, en la medida en que establece una cadena de causas y efectos que continúan encerrando al ser humano en una cárcel de causalidades donde no hay lugar para la voluntad, el deseo o la conciencia.

Sólo renunciando a considerar al individuo como un conjunto de procesos físico-químicos o una cadena de estímulos y respuestas podremos alcanzar a vislumbrar lo que, en verdad, es el ser humano: una criatura gobernando, entre causas y azares, el timón de una nave hacia un rumbo anhelado.



BIBLIOGRAFÍA

DELGADO, M., *Elogi del vianant. Del “model Barcelona” a la Barcelona real*, Ediciones de 1984, Barcelona, 2005

HARRIS, M., *Teorías sobre la cultura en la era postmoderna*, Crítica, Barcelona, 2000

LÉVI-STRAUSS, *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós Studio, Barcelona, 1981

LÉVI-STRAUSS, *Raza y cultura*, Cátedra, Madrid, 1993

LEWONTIN, Richard, *A doctrina do ADN. A biología como ideología*, Edicions Laiovento, Santiago de Compostela, 2000

LEWONTIN, Richard Charles, *A quimera do xenoma humano*, Edicions Laiovento, Compostela, 2002

LEWONTIN, Richard Charles, *El sueño del genoma humano y otras ilusiones*, Col. Transiciones, Ed. Paidós, Barcelona, 2001

R.C. LEWONTIN, S. ROSE y L.J. KAMIN, *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*, Crítica, Barcelona, 2003

SHALINS, Marshall, *Uso y abuso de la biología*, Siglo XXI, Madrid, 1990

⁸ Ante este modelo de análisis social, quedaría completamente desvirtuado el principio marxista de la *lucha de clases* y, en términos generales, el papel estructural de todo el movimiento obrero.

⁹ DELGADO, Manuel, *Elogi del vianant. Del “model Barcelona” a la Barcelona real*, Ediciones de 1984, Barcelona, 2005

¹⁰ Para estos deterministas culturales “[...]las férreas leyes de la historia económica determinan una “naturaleza humana” históricamente infinitamente plástica y producen mecánicamente las acciones humanas.” (R. C. LEWONTIN, S. ROSE y L. J. KAMIN, *ibidem*, p. 97). (El subrayado es nuestro).

¹¹ Vid. entrevista publicado en no.com.br el 7 de julio de 2001

¹² LEWONTIN, Richard Charles, *El sueño del genoma humano y otras ilusiones*, Col. Transiciones, Ed. Paidós, Barcelona, 2001

¹³ *Ibidem*